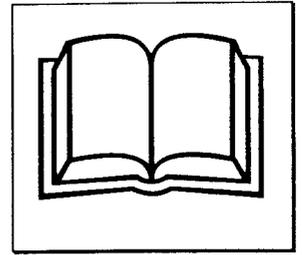


# Relatos



## EL ANFIBIO

Por ELEDINO CASTRILLO

NO HUBO SITIO para él dentro del cementerio. Era una buena persona, pero le faltaban las credenciales que hubieran permitido darle tierra sagrada. Por eso excavaron una sepultura perpendicular a la tapia de piedra del camposanto y lo enterraron al sol de la tarde, mirando hacia el monte lejano, a la sombra de los negrillos que habían crecido espontáneamente. Como en el pueblo no había ateos, hubo que cercar con alambre de púas un exiguo espacio fuera del recinto bendecido para que las ovejas no hollaran la tumba ni inquietaran el eterno descanso de su alma indocumentada. Años más tarde, el día de Todos los Santos, aquel rincón sería el más frecuentado por los chavales, que se afanaban en la limpieza y adorno de la sepultura del pobre, para ellos ya desconocido.

Cuando, dos días antes de su entierro, apareció en la plaza, el baile estaba en su apogeo; se había repartido ya el pan y el vino, pero éste aún circulaba abundantemente en jarras que se rellenaban sin cesar en garrafrones y pellejos. Muchos de los cofrades, despreocupados del baile, rodeaban al venerable invitado que montaba guardia junto a la fuente de la alegría y de cuando en cuando le cantaban:

«Que le quiten el tapón,  
que le quiten el tapón  
al botellón»

El improvisado administrador sonreía y accedía a la petición.

Él no sabía nada de la boda. Había llegado al pueblo de arriba con el sol ocultándose tras el Teleno. Le sorprendieron las detonaciones de los cohetes que llegaban diáfanas por el aire, frío ya a aquella hora. Se detuvo para precisar la dirección de los estampidos y enseguida divisó a lo lejos el resplandor. Cuando la mujer, a la que se había dirigido nervioso, le informó de que se casaba la hija de la señora Honesta, la del ti Pascual, no quiso demorarse un instante. Mientras hacía el camino hasta allí, venía pensando qué alma caritativa le daría cobijo aquella noche, serena como casi todas las de enero, pero más fría que un témpano. Ahora, la noticia le borró todas las preocupa-

ciones y le dejó una obsesión: llegar al pueblo de abajo para participar en la fiesta. En casa de la señora Honesta siempre había encontrado una cazuela de sopas calientes y una cama templada, sobre paja limpia, envuelta en una vieja manta junto a las vacas. En pocas posadas los trataron tan bien.

Tanto la celebración religiosa como la profana habían sido dignas de la hacienda de los novios. Por la mañana, después de una noche de jarana, se habían casado en la iglesia engalanada para la ocasión, con misa de tres curas y capa pluvial, en medio del estruendo de los voladores y la música. El banquete había dejado exhaustos a todos los invitados, haciendo aflorar los colores hasta en los rostros más pálidos. A algunos el alcohol los tenía atornillados a la silla y seguían envasando licores hasta que fuera la hora de la cena. Los menos impedidos había ido a ver cómo corrían la rosca los jóvenes y a tramar algo para entretener a los novios esa noche tan señalada.

La juerga y la bebida no terminarían hasta altas horas de la madrugada. El Anfibio, a pesar de haber llegado cuando los mejores bebedores ya le sacaban bastante ventaja, recuperaba el terreno perdido con rapidez. Mientras los convidados cenaban distribuidos por las distintas dependencias de la casa, él vigilaba el trasiego de platos desde la puerta de la cocina y, allí apostado, iba cobrando diezmos y primicias, junto con algún mojicón propinado por las mozas que servían las mesas. Acabada la cena y reanudado el baile, puso todo su interés en seguir bebiendo: ahora el orujo encontraba vía libre y caía en el hueco abierto por el vino.

A media noche cesó la música del tamboritero de forma oficial. Los señores respetables se fueron a sus casas y no quedaron más que los perdidos. El tamboritero, viudo desde hacía años, había acudido con su única hija, que ejercía de animadora. En toda la comarca se la conocía y apreciaba por desempeñar su oficio con soltura, sobre todo cuando se retiraba en buena compañía a la intimidad de un buen pajar. Esta era la hora en que ya se había hecho invisible, mientras su padre atendía a la solicitud de diferentes grupos que querían disfrutar de sus habilidades y de su gramática parda. En la panera, que servía de improvisado comedor, se había reunido un grupo con lo más selecto de la noche. Circulaban botellas de orujo, de las que se bebía a morro. *Encurucado* en un rincón, con los pies apoyados en el suelo y la rabadilla en la pared, el Anfibio



*Mi vida ha sido el poema que me hubiese gustado escribir, pero no habría podido vivirlo y escribirlo al mismo tiempo. Henry David Thoreau*

daba cuenta de una que disfrutaba en exclusiva.

—Anfibio, que ya no ves —le decían desde la mesa.

—Que se te cierran los ojos de sapo —replicaba otra voz

El hombre con el que aquí se le conocía tenía algo de presagio. En los otros pueblos lo llamaban Eufrasio: tal era su nombre de pila. Nadie sabía quién había sido el mo-tejador ni cuando se olvidó su nombre de santo, pero los sucesos posteriores estaban anunciados en el mote. El bau-tista anónimo, en cambio, a la hora de malnombrarlo, había pensado más en su cara de sapo que en etimologías griegas, hasta entonces insospechadas.

Era Eufrasio un hombrón alto y desgarbado, de me-diana edad y aspecto de viejo anticipado por la dureza de los caminos, las noches al raso, el hambre y las harturas, siempre que, como hoy, se presentaba la ocasión. Tenía cara de ceranda rota, con grietas y hoyos excavados por la viruela, coronada por dos ojos grandes y saltones, a menu-do enrojecidos. Su aspecto se adecuaba a las necesidades y deseos de las madres de niños revoltosos, que lo presenta-ban a sus hijos como el sacauntos o el hombre del saco, que ciertamente siempre llevaba consigo. En esto compar-tía tareas pedagógicas con la guardia civil. Su conducta, sin embargo, desmentía las apariencias y mostraba siem-pre un carácter bonachón. A veces se quedaba medio ale-lado, sin ver ni atender a nadie. Pasados unos minutos regresaba a la vida y seguía pidiendo limosna y recibiendo con frecuencia la ingrata respuesta: «Dios l'ampar'», me-dias palabras que había aprendido a interpretar en su justa medida: allí no se le recibía; debía abandonar aquella puerta y llamar a otra.

Cuando el séquito irrumpió en la panera, al ritmo marcado por el tambor, Eufrasio ya había pasado por dos trances, debidos más al efecto del aguardiente que a su extraña enfermedad. Ahora emitía unos gruñidos leves, dejando fluir por un lado de la boca una ligera baba. Se-guía empuñando la botella; pero nadie reparó en él.

Los novios traían las manos atadas a la espalda y eran empujados sin contemplaciones. Alrededor de ellos bailaban unos cuantos jóvenes al son de la música. Alipio, hombre ya mayor que disfrutaba con estos juegos, se diri-gió a los contertulios, hablándoles en voz baja: el novio no quería pagar el chocolate y había que darle un escar-miento. Los bailarines con sus movimientos dibujaban un círculo, cuyo centro inestable era ocupado por los recién casados, que eran zarandeados sin piedad. Finalizadas las conversaciones, se levantaron los intrigantes y salieron todos de la habitación.

Avanzaba la noche: el barro del corral había ganado consistencia y las estrellas irregulares de los laguneros sembrados por el suelo durante el día reflejaban las del cielo en superficies lisas y duras. Los verdugos contempla-ron su obra. La pareja recientemente legalizada colgaba de una viga, con los pies a un palmo del suelo y los cuerpos medio desnudos. Sin embargo no podían quejarse, pues habían tomado para con ellos la precaución de improvisar



unos rudimentarios arneses que los protegían del roce de las sogas que los unían a la viga. Para mayor plasticidad, usando el sistema de la cuerda y el nudo, los mantenían en la posición brazos en cruz, con las manos contiguas entre-lazadas.

Alipio, que había sido sacristán y comediante, pa-seando pensativo en torno a aquel improvisado calvario, no paraba de repetir:

—En el Gólgota eran tres.

Como atraído por la fatalidad, en aquel momento se arrastraba el Anfibio a la entrada de la panera. Los sayo-nes se miraron entre sí, lo atraparon, le ataron un dogal por debajo de los brazos y sin muchos miramientos lo col-garon a la derecha del novio. Cuando éste sintió su presen-cia, sacando fuerzas de la reserva de su obstinación, le dijo a media voz:

—Hoy entrarás conmigo en el Paraíso. —Terribles palabras que el Anfibio no oyó.

Siguió el escarnio hasta que consideraron suficien-temente pagada la deuda. Entonces descolgaron a las víc-timas, cuyas extremidades reaccionaban con dificultad a causa del frío. Cuando el Anfibio tocó tierra, su cuerpo se derrumbaba. Intentaban ponerlo en pie, pero todo esfuerzo resultaba vano. Le tomaron el pulso, lo reanimaron con agua fría en la nuca y en la cara y aguardiente en la boca. Al fin dio señales de vida, lo arrimaron a un tabique y lo abrigaron con sacos. Allí estuvo hasta que acabó la verbe-nera, ya a punto de amanecer. Los amos de la casa deci-dieron que no podían darle posada para lo que quedaba de noche y lo despidieron con un «Dios l'ampar'». Lo carga-ron en brazos algunos mozos fornidos, pero casi tan borra-chos como él; medio a rastras lo llevaron hasta Las Lla-macinas, donde encontraron un montón de paja brillante por la helada. En la ladera sur, donde el sol vencía a la es-carcha cada mediodía, le escarbaron una cama y en ella

sepultaron el pesado cuerpo.

Esto es todo lo que pudieron contar al juez que llegó de la ciudad próxima, acompañado del médico forense, para desencallar el cadáver que se había quedado varado en medio del río. Fue preciso romper el hielo, atar las piernas con cuerdas y tirar con fuerza, pues la raída chaqueta aún atenazaba el cuerpo rígido como si una mano poderosa la agarrara desde debajo del agua. Una vez en tierra firme, se efectuó un minucioso registro, pero el cadáver seguía siendo el de un indocumentado.

Las indagaciones no se prolongaron mucho. Los funcionarios hicieron gala de profesionalidad: la muerte se había producido por un paro cardíaco, y sin necesidad de autopsia el forense afirmaba que el interfecto también podía tener los pulmones encharcados. A unos cuantos testigos —ellos mismos no sabían muy bien de qué—, les pasaron el encargo de que en el plazo de ocho días se presentaran en el juzgado a firmar una declaración. Luego extendieron el certificado de defunción para que se procediera al entierro del cadáver.

Entre el lugar donde fue hallado el cuerpo inerte y la mastaba de paja que le había servido de lecho premortuario mediaba una distancia considerable. El cuerpo había quedado varado a varios metros de la orilla y no se encontraban huellas en la tierra en torno, ni el carámbano estaba roto. Los vecinos identificaron al ahogado y en ese punto se paró la investigación. Luis Sarmiento, en cambio, lector a plazos de novelas de folletín que adquiría cada semana, sentía curiosidad por desvelar el misterio y realizó sus pesquisas. Llegó a sentar unas conclusiones no exentas de lógica, pero no se las comunicó a nadie. Alguna vez, cuando contemplaba el agua remansada en la tablada del puente, adoptaba una aptitud autosuficiente de misterio y desafiaba a sus contertulios diciéndoles:

---

Como en el pueblo no había ateos, hubo que cercar  
[...] un exiguo espacio fuera del recinto bendecido

---

—Pero qué atrevida es la ignorancia. Sois todos unos zopencos. Nunca sabréis por qué el río se hieló más tarde en el medio.

Según su opinión, el Anfibio había sentido el ardor de la resaca a la salida del sol, había abandonado su refugio y había reconocido el lugar. Con la intención de calmar la sed dirigió sus pasos a la fontana, que nunca se helaba. Sobre la hierba escarchada aún el día siguiente un ojo perspicaz podía ver la huella de su pie descalzo. Se inclinó sobre la fuente y perdió el control de su cuerpo. El resto era fácil de imaginar. Pero ¿con el río convertido en puro cristal? En este punto la cautivada fantasía de Luis transformaba la barriga del Anfibio en una olla donde ardía medio cántaro de orujo que se desbravaba para una gran quemada. El calor derretía el hielo y el cuerpo hacía su singladura como barco a vapor. El avance era lento,

pero continuo, hasta que el combustible perdió fuerza, justo donde el carámbano era más gordo y resistente, por haberse generado en la umbría de la Veiga. Luego el hielo se rehizo y borró la estela que había trazado la travesía.

Asistía Luis Sarmiento al sigiloso descenso fluvial de aquel buque sin timón ni arboladura con la devoción del catecúmeno consciente cuando recibe un sacramento. Equiparaba la fuerza y el carácter indeleble que sus deducciones iban imprimiendo en lo más recóndito de su imaginación con los efectos, sobre el lecho del río, del calor desprendido en la combustión del orujo. Éste era su mejor secreto y con él llegaría a la tumba.

\*\*\*\*\*

El arreglo de la tumba del pobre era como un milagro. Año tras año, los días antes de Todos los Santos, cuando ya las mujeres rendían el regular culto estético a sus muertos, permanecía olvidada hasta última hora. De pronto, a algún muchacho se le encendía la luz de la memoria, recogía en el cementerio la primera herramienta que encontraba momentáneamente desocupada y, sigilosamente, salía, se encaminaba al rincón sombreado por los negrillos y empezaba a cavar y eliminar las malas hierbas. Esta era la señal que marcaba el inicio de los trabajos comunitarios.

Sin acuerdo previo, todos los chavales se ponían en marcha y comenzaba una ininterrumpida peregrinación al recinto: uno traía un clavel, otro un crisantemo y alguno incluso se atrevía a sisar

una azucena. A veces las mujeres montaban guardia junto a la tumba que acababan de aderezar para evitar los hurtos desinteresados; entonces había que conformarse con flores de deshecho. Pero siempre triunfaba el gusto artístico de los decoradores juveniles, que dejaban lista y aseada la tumba del pobre. Cuando talaron la enorme nogal y derribaron la tapia de piedra para ampliar el cementerio, llevaban ya más de medio siglo adecentando aquella sepultura sucesivas generaciones de muchachos. Ninguno sabía ya nada de la vida del infeliz que había llegado a parar con sus huesos allí, pero todos colaboraban.

En el interior, el terreno dedicado a los enterramientos no era muy amplio, pues no se juzgaba espacio útil el ocupado por los restos de la vieja capilla, donde se rezaban responso y se guarecía el cura cuando el entierro venía acompañado de lluvia pertinaz. Tampoco se utilizaba para la inhumación una especie de cobertizo destartado, que según los más viejos había sido el baptisterio de la iglesia antigua y ahora estaba reservado para las posibles intervenciones de los forenses, aunque nadie recordaba haberlos visto realizar allí tales faenas.

La muerte visitaba el pueblo con regularidad, si no matemática, sí estadística. El enterrador, por su parte, no hacía concesiones y seguía un turno riguroso. Por eso cada